Puedes engañar a toda la gente por un tiempo, y a alguna gente todo el tiempo, pero a mamá no se le puede engañar.

Ley del capitán Penny (Tomado de *La ley de Murphy*)

Crónica de una muerte anunciada

Salvador Silva Padilla

Un diez de mayo que se precie de serlo inicia, invariablemente, a las doce de la noche. En ese momento los hijos, abusando del inmenso amor que les profesa su madre, le llevan serenata.

Por su calidad interpretativa estoy seguro que el coro es de lo más selecto: seguramente fueron escogidos de entre la tripulación de un barco ballenero japonés, más dos o tres borrachos de la noche anterior, esto debidamente enriquecido con los integrantes más esclarecidos de la compañía polifónica de la Policía Judicial del Estado y, para los indispensables contraltos, se acude a diversos gatos vecinos. Así, este coro, que canta demasiado mal como para ser improvisado, empieza a deleitar con sus delicadas interpretaciones: *Las mañanitas*, *Despierta*, *Abre el balcón*, para luego proceder de manera decidida con: *Ojos españoles*, *Ojos cafés*, *Ojos tapatíos*, *Ojos de pescado*, en fin, una serie interminable de ojos por todas partes, a todos colores y sabores.

Entre tanta y tan bonita canción, uno no sabe qué admirar más, si la prodigiosa memoria de los artistas para aprenderse esas canciones o la manera tan originalmente nefasta de echar a perder melodías que también tienen lo suyo.

Acto seguido, hay que recibir al coro de cámara, hacerlos pasar a la sala y ofrecerles algo para aclarar la garganta o al menos para que la tengan ocupada en otros menesteres menos ruidosos. Esta tarea es realizada, ya lo sabemos, por la mamá, quien reparte la bebida con mayor atingencia que la distribución evangélica del pan y los peces. Siempre ocurre que en la tertulia alguien tira un vaso y lo rompe, la concurrencia continua embebida en su propia interpretación de *La vida no vale nada* —y los vasos menos todavía— e imperturbable observa cómo la homenajeada recoge los restos de vidrios, coca cola y ron entre las patas de las sillas y los pies de los artistas. El coro observa cómo la mamá recoge el tiradero, con la misma frialdad con que recibiera la noticia de la muerte de la tía abuela del ex vicepresidente de Zambia Occidental.

El coro de monstruos cantores, parafraseando a César: Llegó, vio y arrasó con el vino, las papitas y demás botanas. A las tres de la mañana muy orondos se dirigen a la casa de otra mamá a continuar con su metódica tarea de demolición. Por donde esta comitiva pasa, no vuelve a crecer el pasto.

Antes de irse se les invita a desayunar. Al tiempo que los cantantes se van con su música a otra parte, a entonar sus *Mañanitas* y *Madrecitas mías*, la pobre cabecita blanca limpia todo —a las tres de la mañana—

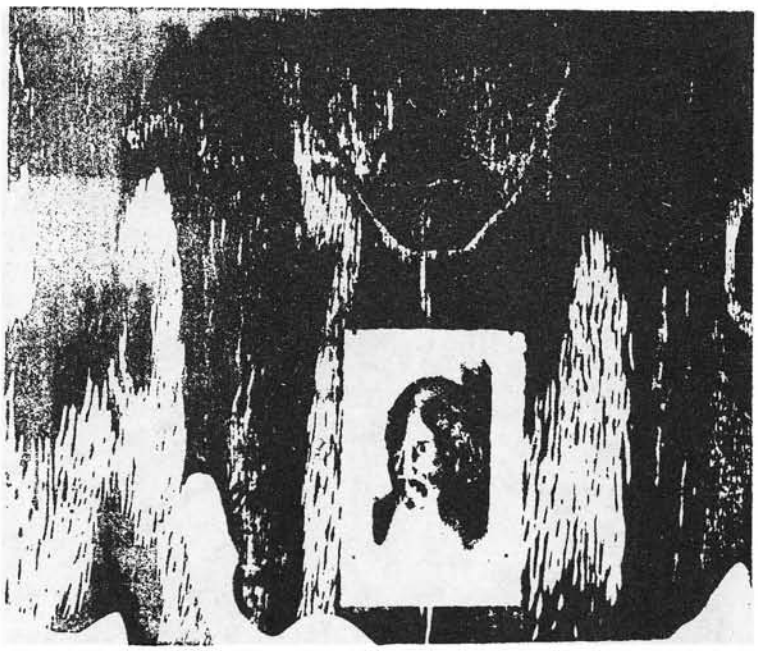
y se pone a preparar los chilaquiles para el mayor de los hijos, el menudo para la nuera, "a ver si así aprende cómo se prepara", el hígado encebollado para el menor de sus hijos y el té de hojas para el marido. Es decir, para celebrar el diez de mayo la madre de familia prepara ¡en su honor! tantos platos distintos como comensales asistan el desayuno, porque si sólo se le da gusto a uno de los hijos el resto se puede sentir menos y al modo.

Antes, en los gloriosos buenos tiempos, la mamá también preparaba la comida: hacia el mole poblano con tres días de anticipación, ella misma torteaba las tortillas, preparaba la salsa de molcajete precisamente en molcajete —no que ahora son salsas en *Osterizer*. Ahora las madres, en su día, se declaran en huelga y hay que llevarlas a comer fuera.

Pero antes... antes, las madres deben pasar por el purgatorio de las fiestas escolares.

Por cierto, qué será peor, escuchar *Madrecita mía* a las tres de la mañana o padecer los sentimentales: "Por qué me quité del vicio", o "En medio de tú y yo, mi madre como un dios", o "Mamá, soy Paquito, ya no haré travesuras", así como bailes ejecutados por enfermos del mal de San Vito; canciones tan bellas como "Un día San Juan y San Pedro hicieron un barco nuevo..."

Todo ello mientras las santas madres están sentadas en medio del patio, en sillas propias para enanos, a las doce del día a pleno sol de mayo. Las mamás aplauden a rabiar como si se encontraran ante Nureyev, Plácido Domingo o de perdida Marco Antonio Muñiz.



Estoy seguro que el término masoquismo se acuñó luego de ver el comportamiento materno en un festival escolar. Porque bien visto, las madres, en lugar de acudir a la Comisión Nacional de Derechos Humanos a quejarse por el maltrato y la tortura de las que son objeto, aplauden con un entusiasmo digno de mejor causa y se enternecen hasta las lágrimas, produciendo un triste y lamentable espectáculo.

Y luego llega el momento culminante en el que los hijos hacen entrega oficial de los trabajos manuales en honor a sus mamás. Los niños, contraviniendo el complejo de Edipo, obsequian a sus mamás unos dibujos con discretas combinaciones de verde esplendente, rojos delirantes, azul eléctrico, amarillo no me olvides, rosa mexicano, morado obispo... Estos colores son digno marco de figuras deformes que sólo un depravado o un hijo puede hacer en honor a la autora de sus días. Esos dibujos sólo pueden ser justipreciados por Lovecraft, Stephen King, Freddy Krueger o nuestra madre.

Y todo esto ocurre, mientras un cielo impasible despliega su curva.

El pasado día de las madres un amigo decidió

hacerle un obsequio original a su esposa. En un arranque de pasión amorosa le obsequió un delicado par de tenis *Puma* del número nueve desparramado, así como una cortadora de césped, unos pantalones de mezclilla talla 40 y un reloj de buzo que pesa como tres kilos.

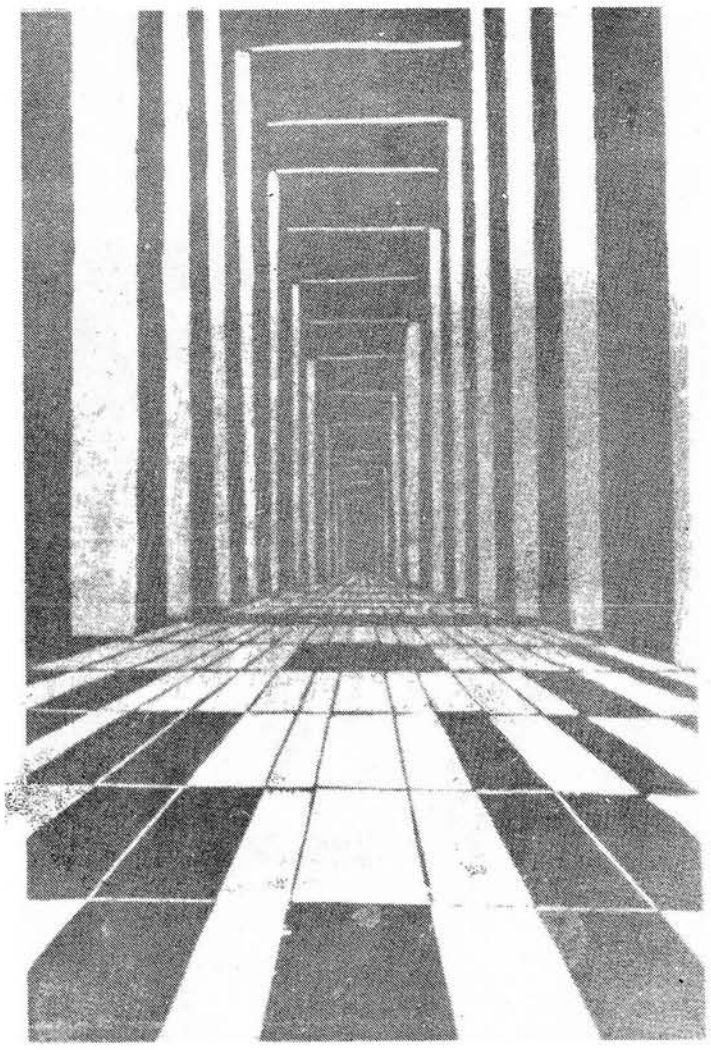
Cuando su señora le dijo que no le quedaban a ella, mi amigo sabiamente contestó: "Ni modo de regresarlos, tendré que usarlos yo". Cuarenta y cinco días después —el día del padre— mi amigo recibió unos preciosos aretes de fantasía junto con una coqueta minifalda, una blusa de seda y un vaporoso negligé. Santo remedio, desde ese día todos los diez de mayo mi amigo regala flores y a cambio recibe calcetines el día del padre.

El caballo de Troya y otros regalos a las madres

El diez de mayo se ofrendan a esa deidad pagana que es la madre todo tipo de obsequios, regalos y mandas. Los primeros van desde "estufas marca *Continental*, refrigerador y lavadora *General Electric*, televisor a color RCA de 20 pulgadas, mini componente *Technics* —a control remoto, procesador de sonido estereofónico, *compact disc*, amplificador y sintonizador, grabadora de doble cassettera con sistema autorreversible y un año de garantía. Ventilador *Orient* a sólo 198 nuevos pesos —o en tres mensualidades sin intereses de 66 nuevos pesos. Mueble para hornos de microondas marca *Royal Creation*.

Entre las ofrendas se encuentra también, y por supuesto, la joyería: arracadas italianas, torzales de oro de 14 kilates, cadenas de oro de igual kilataje; o artículos para el hogar, como equipo procesador *Oster* de seis velocidades con 25% de descuento. La tradicional oferta *Kristaluxus* con varios modelos y artículos, frascos importados de varios modelos (ignoro lo que contengan los frascos pero de que son del extranjero lo son); figuras de porcelana Nadal, *Braun Multipractic* en todos los modelos con 30% de descuento, depilador *Kilk Epil* de *Braun* con 30% de descuento, floreros, tibores y varios artículos de la marca *Laris*, cortina de vinil para baño, manteles de vinil para mesa, juegos de sábanas matrimoniales marca *Sivil*, trajes de baño y ropa interior marca *Playtex*, faldas, juegos de camisones y batas, perfumes *Channel* número 5, *Safari*, *Guerlain*, etcétera, etcétera, y mil veces etcétera.

Poder explicar el porqué de cierto tipo de ofren-



das a la madre constituiría el mayor atractivo, reto y deleite intelectual al que cualquier antropólogo podría enfrentarse. Resulta que la madre es una deidad que se autoinmola sólo para darle gusto a su familia. Los hijos obsequian objetos de pésimo gusto a las autoras de sus días: entre los presentes se encuentran: lavadoras, estufas, ollas de presión, licuadoras, escobas, aspiradoras, entre un sin fin de utensilios para el hogar. Esa actitud, irracional a todas luces, sólo es comparable a la que asumiría un empresario al regalarle al obrero o al empleado un reloj checador justo el día del trabajo. Es como si el amo, en un arranque de gentil desprendimiento, le diera al esclavo un juego de grilletes nuevos.

Según el manual de Carreño, es considerado de mal gusto y peor educación obsequiar a un condenado a muerte una soga o una silla eléctrica, y sin embargo, a la mamá, los hijos nos permitimos recordarle su triste, sumisa e irremediable condición cada diez de mayo al ponerle enfrente: planchas, refrigeradores, máquinas de coser, trapeadores, baterías de cocina, o en el colmo del delirio filial, hay quien le obsequia bolsas gigantes de detergente —y es que como venían con el 25% de descuento— a su madre y así cree haber cumplido con su compromiso edípico.

La gran comilona

Ir a comer el diez de mayo a un restaurante es como ayunar cuarenta días en el desierto. Ese día los cocineros van a celebrar el diez de mayo en su casa y quien hace la comida en los restaurantes seguramente son los mozos de limpieza. Nunca he probado peor comida que ese día. El servicio, además, es pésimo. Los meseros sirven mal y a regañadientes: nos lanzan miradas de: "Desgraciado, sólo este día te acuerdas de tu santa madre, el resto del año ni la sacas a la Piedra Lisa", mientras nos avientan después de tres horas de haberlo solicitado el coctel de camarón más desabrido que hayamos podido nunca probar.

Pero ese día salimos a comer sólo para demostrarles a nuestras mamás cuánto las queremos y cuánto somos capaces de sufrir sólo por ellas.

Antes de terminar con esta perorata, y a guisa de conclusión, me permitiré citar a dos clásicos en el estudio de la mujer: Jorge Ibargüengoitia y ya se me olvidó quién:

Ibargüengoitia propone que: "Las mamás deben ser educadas desde la cuna, por los hijos"

En primer lugar hay que corregirle el lenguaje. Nos va a decir "pichocho" por preciosos, "papos" por zapatos, "quedes más" por quieres más, etcétera.

Cuando la madre diga "papos", el infante debe contestar severamente:

—Nada de "papos": zapatos.

Porque en la ignorancia fingida de la madre hay una notoria mala fe. Nos enseña a hablar como idiotas y después cree que somos idiotas porque hablamos como ella nos enseñó. Es mala fe notoria, pero inocente. Es parte de lo que se llama instinto maternal.

Por último, permítaseme citar otro ejemplo:

"Las mujeres —dice el autor de lecturas para analfabetos— son los seres más indispensables de la creación. Un orangután, en cambio, puede suceder al hombre sin que se note demasiado la diferencia. La mujer, en cambio, jamás podrá ser sustituida por una orangutana: prueben en ponerle a ésta unas medias de seda y verán que no es lo mismo."

Hasta aquí el autor de *La tournée de Dios*. Y aquí es preciso añadir que la mujer es, apenas, la materia prima de la que surgen las madres. Así que, en conclusión, tenemos que si bien madres hay muchas, todas ellas son indispensables. ♦